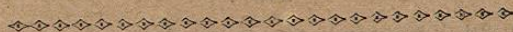


roz satisfacción amaratarse, ennegrecerse el rostro de mi víctima. Acudía el primero al ataque, y entonces todos tres nos confundíamos, formando un solo cuerpo echo un nudo de miembros, primero agitados y convulsos, y después ceñidos y vigorosos, como serpiente que ahoga á su presa. Oía yo las respiraciones sofocadas y angustiosas que se dificultaban por la presión terrible de seis brazos nervudos, vigorizados por la sed de venganza. Algunos quejidos leves se escapaban al más débil de los tres, que iban haciéndose á cada instante ménos perceptibles; algún brazo cedía al cansancio ó al dolor, ó se rendía á la muerte; y sin embargo, yo apuraba el vigor de mis músculos de acero para ahogar sin lástima. Las respiraciones eran ya estertores de moribundo. Los oídos me zumbaban, cegaban mis ojos, mi cerebro se entorpecía... pero aun sentía yo la vida en el deseo implacable de matar!



XXII

¡Asesino!

NO hallé en aquel dormir el descanso que habían menester mis extenuados miembros, ni el reposo que necesitaba mi espíritu. Desperté al amanecer en medio de horrible pesadilla, cuyas sombras me parecía ver en los ángulos de mi cuarto aun después de abrir los ojos.

Sentí de pronto un malestar inexplicable sin recordar que durante veinticuatro horas no había tomado alimento ninguno; pero me bastó traer á la memoria los sucesos del día anterior, para que, haciéndome cargo otra vez

gislatura, en lo que hará muy bien. La ciudad está alarmada, y todo el mundo anda en la calle. No hay motivo para tanto ¡que demonio! el Gobierno cuenta con ocho votos seguros contra cinco que tiene Gavilán. Y figurense ustedes esos ocho diputados dirigidos por Miguelito, que es su gefe.

—¡Ya lo creo! exclamó Pepe.

—Y á propósito de Miguel continuó Clemente ¿qué disgusto tuvo vd. con él, Juan?

—¿Yo? Nada. . . . cualquiera cosa. . . .

—Dicen que fué por la Cabezudita.

¡Hola! gritó Pepe, mirándome con interes ¿Como está eso?

—Dicen, prosiguió el escribiente, que vd. está celoso porque Miguel. . . . No; que Miguel está furioso porque vd. se ha burlado de él. En una palabra que vd. es el único que sabía que esa muchacha era cualquiera cosa. . . . así. . . .

—¡Calle vd , charlatan! grité fuera de mi y poniéndome en pié.

Pepe me detuvo asustado.

—¿Qué es esto, Juan? me preguntó en tono de reprensión afectuosa.

—Es, respondí, que Miguel es un miserable calumniador, que toma venganza de esa niña porque ha sido rechazado por ella. Es que los necios como éste, se convierten en eco de cuanto oyen decir; sin advertir que con ello manchan la virtud más limpia y la pureza inmaculada.

Trató Pepe de calmarme, y el pobre Clemente se excusó con timidez; pero bastó la breve escena para que el caliente rescoldo del día anterior ardiera con llamas. Todo el mundo estaba ya enterado de lo sucedido en casa del Gobernador. Es decir, que todos juzgaban ya á Remedios como una mujer vulgar y desgraciada, de cuyas faltas había pruebas indudables. . . . ¿Qué podría yo hacer sino matar á Miguel?

Pepe notaba en mi semblante que algo muy grave pasaba en mi interior, y la escena entre Clemente y yo fué para el astuto estudiante una revelación. Trató de entretenerme en casa; pero al fin, exasperado é impaciente, tomé mi sombrero y salí. Pero Pepe, fingiendo una curiosidad que no tenía, me

acompañó so pretesto de inquirir noticias y ver lo que sucedía.

Parecía que era aquel un día de grande regocijo según hormigueaba la gente en la plaza principal y calles próximas. Con frecuencia éramos detenidos por alguna persona que daba ó pedía noticias, y Pepe se complacía inventándolas á cual más escandalosa y alarmante, con la muletilla de saberlas de buena tinta. Yo me impacientaba cada vez más y extendía la vista por cuanto podía abarcar buscando á Miguel.

Al fin, cerca ya de las diez, recorriendo el trayecto de la casa del jóven á la plaza, y en sitio no distante de mi habitación, encontramos al jóven que caminaba con la cabeza inclinada al suelo y muy de prisa. Casi lancé una exclamación de gozo, y á tiempo que Pepe me decía en voz baja. ¡Prudencia, Juan! detuve á Miguel por un brazo.

—¿Qué quiere vd? me preguntó con disgusto.

—Hablar dos palabras, respondí.

—No puedo detenerme.

—Pues se detendrá vd.

—Tengo prisa.

—Diga vd. que tiene miedo.

—¡Juan! exclamó, poniéndose lívido.

—¡Sígame vd! le dije, sin hacer caso de las palabras que Pepe me dirigía.

—Nos veremos después: hoy no puedo.

—Pues le abofetearé en la calle, dije sordamente, estrujándole el brazo.

El jóven hizo un movimiento rápido y se desprendió de mis dedos; Pepe me detuvo. Algunos transeuntes se pararon á mirarnos y el jóven con ademán de ira me señaló el camino.

—Vamos á la casa de vd., me dijo, que está cerca.

Uno de los transeuntes, tomó precipitadamente el camino de la plaza, sin duda para ir á dar el aviso á Vaqueril, y yo comprendí que había que apresurarse.

Llegamos á la casa, entramos en el estrecho comedor, y yo empujando á Pepe hácia fuera, cerré la puerta, encerrándome con Miguel.

—Lo que haya vd. de decirme; que sea pronto y en pocas palabras, dijo Miguel con voz dura y altiva.

—Muy pocas, respondí. Quiero matar á vd. ó quedar muerto en este sitio.

—¡Está vd. loco! exclamó el joven, palideciendo al comprender la resolución que mis palabras mostraban.

—Lo estoy sin duda. Vd. ha quitado con sus acciones y sus palabras la honra á una mujer que es lo único que tengo para amar la vida. No se excuse vd., porque no hay remedio. Si lleva pistola ármese y máteme; si no, tome vd. una silla, un tenedor: con cualquier cosa se mata á un hombre.

—Yo no puedo asesinar

—No; este es un duelo como cualquier otro.

—No lo admito.

—Pues yo sí.

El joven se acercó á mí con los brazos cruzados y me dijo secamente:

—Puede vd. asesinarme.

Vacilé ante aquella inesperada actitud. Agarré después por un hombro al joven y le hice retroceder hasta un ángulo del cuarto.

—¿Y si le doy á vd. una bofetada? dije ahogándome de cólera

—Haga vd, lo que quiera, me contestó; estoy en su casa, encerrado alevosamente.

—Vd. ha querido venir á ella.

—Para hablar con vd., no para ser asesinado.

—¡Y á mi que me importa!

—Pues hágalo vd.

Me sentí humillado en aquel terreno, y no sé qué desesperacion suprema é inconcebible me hizo saltar las lágrimas á los ojos y puso en mis lábios secos y temblorosos esta frase, en tono de doloroso ruego:

—Miguel. . . . ¡cásese vd. con Remedios!

—¡Casarme yo! exclamó el joven estupefacto.

—Sí; cásese vd., y yo me ausentaré de aquí para siempre; nunca oirá vd. mi nombre, ni ella tampoco; será vd. feliz, porque ella es buena como los ángeles del cielo. Cásese vd., porque así reparará el mal que le ha hecho, y le devolverá la honra que le ha quitado. . . .

Llamaron fuertemente á la puerta y Miguel quiso dirigirse á ella, pero le detuve.

—Vienen á llamarme, me dijo; se me necesita mucho en el Congreso.

—Dígame vd. que sí se casa y le dejen ir.

—Mi voto es indispensable para decidir las cuestiones que hoy se tratan . . . dijo el joven con impaciencia.

—¡Ofrezcame casarse!, repliqué volviendo á montar en cólera.

—No sea vd. necio, dijo resueltamente el joven, ni haga vd. comedias ridículas conmigo.

—¿Qué dice vd!

—Que quiere vd. casarme con su antigua querida; con la querida actual del Gobernador; con una muger despreciable que es casi una

El frasco estaba sobre la mesa y de allí le tome. El ruido de los pedazos de cristal que cayeron por el suelo, ahogó el grito que lanzó Miguel al rodar á mis piés bañado en sangre!

No sé como se las compuso Pepe para obligarme á huir; miétras el enviado del Gobernador salió á todo correr en busca de médicos y de policía. Quizá mi estupor y atolondramiento me hicieron ser dócil á sus ordenes.

Recuerdo que anduve por azoteas y casas ajenas que me eran desconocidas, y que al cabo de mil vueltas llegué á la casa del Padre Quebradillo, á tiempo que tomaba la copita de las doce. Recuerdo que se horrorizó al verme ensangrentado; que me despidió enérgicamente; y que cuando iba yo á salir me detuvo, y lanzándome mil anatemas me encerró en la despensa.

Largas y horribles horas pasé en aquel encierro, asustándome como un niño con cada rata que corría de una á otra caja del abundante repuesto del Padre. La imagen de Miguel con la cara llena de sangre, los ojos extraviados y expresando una agonía dolorosa, se presentaba delante de mí constantemente; su grito sonaba en mi oído con estridor horripilante, y en mi alma el que mi conciencia repetía con espantable voz: ¡Asesino!

No sé cómo no perdí para siempre la razón, metido en aquel cuarto húmedo sombrío y pestilente, que me parecía á ratos negro calabozo en el cual había de expiar mi crimen. Cayó la tarde, y entónces para mí cerró la

noche; una noche llena de visiones y de angustias.....

De pronto la puerta se abrió; la luz que el padre Quebradillo llevaba en la mano iluminó mi prisión, produciéndome el espanto que al condenado á muerte le da el día del suplicio, y Pepe Rojo, entrando con precipitación, me sacó por un brazo hasta el patio y con voz rápida é imperiosa me dijo:

—¡Monte vd!

Monté en el escuálido caballejo que Pepe me presentaba, y al salir á la calle oí la voz del estudiante que decía:

—¡A la derecha!; ¡por la izquierda viene la policía!

Corrí con toda la velocidad que la cabalgadura pudo dar de sí; pero aun me alcanzaron los gritos de mis perseguidores que me mandaban hacer alto.

Los vecinos comenzaban á colgar farolitos de colores sobre puertas y ventanas, como en fiesta nacional. Al llegar al Calvario quise tomar por una calle que me conduciría más brevemente fuera de poblado; pero hube de retroceder y echar por otro rumbo, por

que una procesión de hombres con hachas encendidas desembocó por aquella. Al perderme en la oscuridad de la calle adyacente, oí un clamor ronco que decía:

—¡Viva el Licenciado Pérez Gavilán!

Era la *Sociedad patriótica mutualista de Obreros liberales*, que acudía, subitamente; engrosadas sus filas, á felicitar por su triunfo al nuevo Gobernador del Estado.



XXIII

Una carta.

QUERIDO jóven:
Desde el día fatal en que vd. se lanzó por el camino del crimen, no me dejan paz el juez, el secretario y el mozo del juzgado que me trae una cita cada diez minutos, ya para declarar, ya para ampliar mi declaración, ora para preguntarme donde está vd., ora para amenazarme con meterme en la cárcel. De todo esto he sacado una ventaja: aprender el Derecho penal, en que estaba yo atrasadito.

¡Que chasco ha llevado, amigo mio, su vanidad de asesino! Miguel á las dos horas del descalabro, abrió los ojos, y tan bien los abrió, que vió con perfecta claridad cuanto era menester para no extraviar el camino de su conveniencia. Había en el Congreso una pelotera de los demonios, porque pasado á las filas de Gavilán el famoso General Cabezudo, no podía resolverse nada, puesto que los votos se equilibraban. El desventurado Vaqueril hizo que Miguel fuese conducido con todo mimo á la Cámara, para obtener el triunfo; pero el joven, que está ya muy aprovechado en su carrera, votó contra el Gobierno, y decidió la caída de Don Sixto Liborio. Este buen hombre debè envanecerse como maestro.!

Roquete, Carriles y aun creo que el mismo Sequedal, dejaron de ser partidarios de Vaqueril en seguida, convencidos de que un gobernador que se deja derrocar, no puede hacer la felicidad de los pueblos. Roquete se duele en el cambio, de que Gavilán no se deje llevar como su antecesor, de aquí para allá en busca de supuestas aventuras urdidas por él.

Esto se regenera, y camina á paso veloz hacia la mayor grandeza. Cuando ví á los miembros de la *Patriótica mutualista* pasar frente á los balcones del palacio, aclamando á Gavilán y agitando sus hachas, no pude menos que exclamar: “¡Qué hermoso espectáculo el de un pueblo que conoce y ejercita sus derechos!”

Vaqueril y familia han ido á esconder la vergüenza del *ex* en los bosques del molino.

Envié noticias de vd. á la blanca paloma pedreña y me puse á sus órdenes para lo que guste mandar; pero la familia de la Calle de las Peras, se la llevó á una hacienda, porque la chica está mala y desmembrada á consecuencia de los últimos sucesos.

En cambio de todas estas noticias hágame el favor de mandarme mi rocín (si es que no está vd. prendado de su andadura), pues su falta me ha hecho suspender un viaje de que tanto espero yo, y que ha de redundar en provecho del género humano, á quien me propongo ser utilísimo.

Le quiere su amigo.

Pepe.

Leí esta carta en la casa del cura de San Martín, mientras su sobrina, cantando alegremente, sacudía los muebles del cuarto que la criada acababa de barrer.

Pero basta por hoy. Me duelen las espaldas, y tengo cansados los ojos, por estos malditos vidrios que necesito ya para pintar la enredada letra en que se ha trasformado aquella de gallarda forma y delicados perfiles.

Buenas noches.

ERRATAS NOTABLES.

En la página 17, línea 19 dice *telilla*, debiendo decir *telilla*. En la página 37 línea 11 dice *fastos*, debiendo ser *justos*.

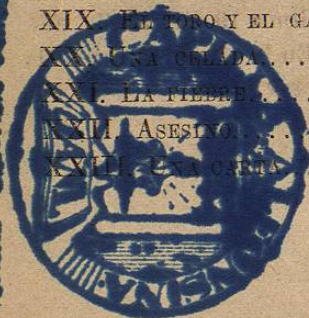


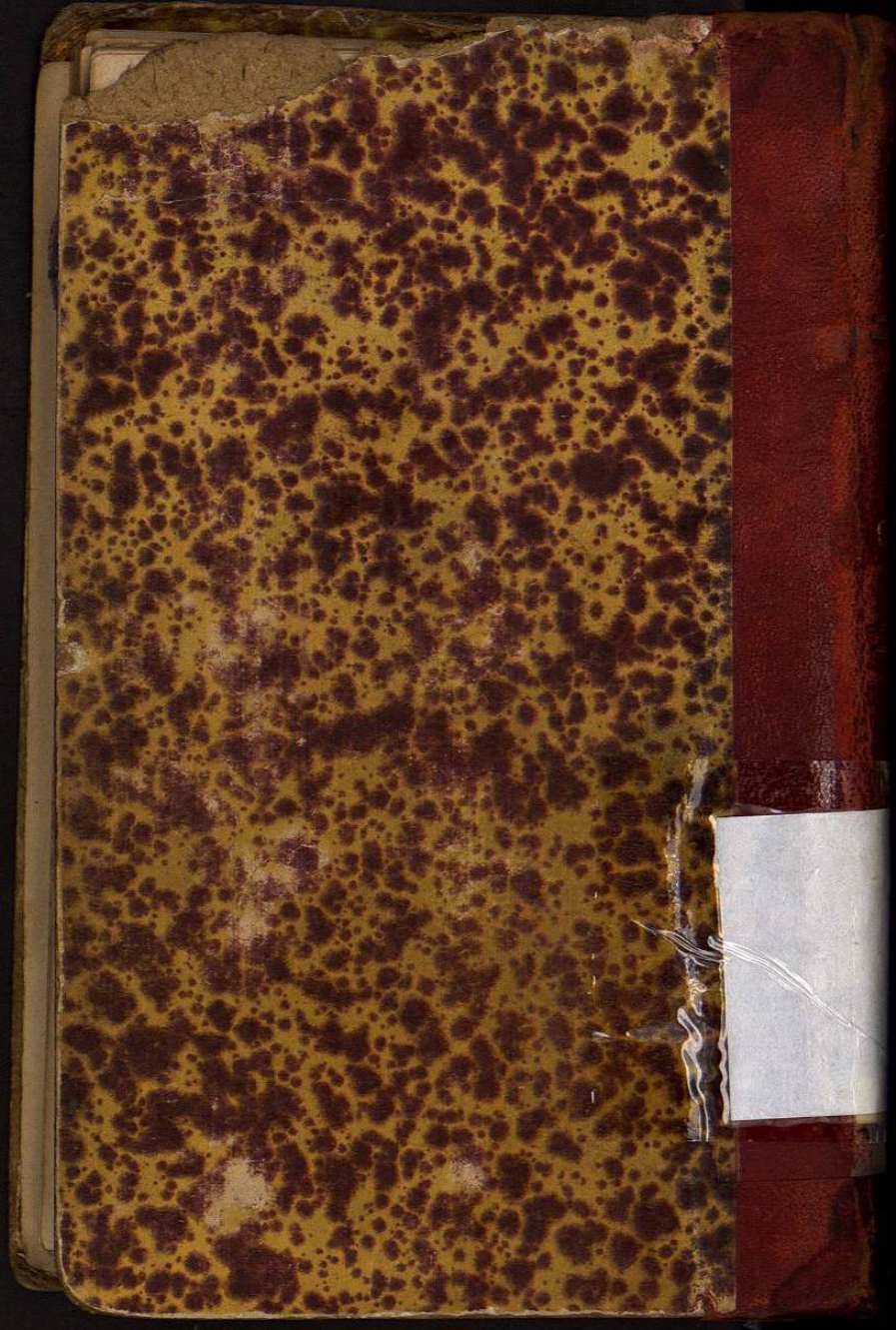
BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
CALLE DE ALFONSO XII, 13
MADRID

INDICE.

CAPITULOS.	PAGINAS.
I. LA CALIGRAFIA.....	3.
II. PEPE.....	12.
III. VAQUERIL Y FAMILIA.....	22.
IV. SAN LIBORIO.....	31.
V. LOS BRINDIS.....	41.
VI. EL BAILE.....	50.
VII. LECCIONES ORALES.....	77.
VIII. LA GOBERNADORA.....	91.
IX. TONTERIAS.....	101.
X. LA MUTUALISTA.....	109.
XI. CONFIDENCIAS.....	120.
XII. UN LANCE.....	129.
XIII. GAVILAN.....	137.
XIV. UNA COMISION IMPORTANTE.....	148.
XV. EL DISCIPULO.....	159.
XVI. EL ANGEL.....	171.
XVII. UN CONOCIDO VIEJO.....	187.
XVIII. EX.....	198.
XIX. EL TORO Y EL GATO.....	205.
XX. UNA CEBADA.....	218.
XXI. LA FIEBRE.....	232.
XXII. ASESINIO.....	239.
XXIII. EL COFRE.....	252.

FORMA GUBERNATIVA PARA
LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS





de mi desesperada situación, dejara de sentir las molestias del cuerpo.

—Hoy, pensé, he de encontrar á Miguel de todas maneras.

Y haciendo un esfuerzo de voluntad, esperé á que el día avanzara.

—Tiene vd. una cara de los demonios, me dijo Pepe, cuando me vió salir de mi cuarto. Se conoce que es vd. partidario del gran Vaqueril y que ya ve vd. perdido el pleito. ¿Está vd. enfermo?

En seguida me refirió las noticias que Julián había recogido durante la noche, y traído á casa á las seis de la mañana.

Un correo que llegó en la madrugada había sido portador de importantísimas novedades. La Legislatura disuelta del Estado X, había sido apoyada por el Gobierno general con un grueso cuerpo de ejército, y el gobernador revelado huía por los distritos. El gobernador derrocado del Estado Z, iba á ser repuesto en su empleo merced al esfuerzo incontrastable de tres mil bayonetas. El "Diario Oficial" daba la nueva de que la *gavilla* de marras había sido disuelta por una

fuercecita federal; lo que traducido al lenguaje de la verdad significaba que las tropas *pronunciadas* habían sido derrotadas completamente por las del Gobierno.

—Ya ve vd., concluyó Pepe, que ha tenido razón el Sr. Vaqueril para mandar echar á vuelo las campanas al amanecer ¡celebra el triunfo del Gobierno nacional!

No sentí ya indignación ni enojo. ¡Qué me importaba á mi todo aquello! Remedios enviada á su padre, Remedios deshonrada ante la opinión pública: eso era todo para mí.

No reparé en que Pepe me observaba atentamente, mientras yo me paseaba con inquietud y agitación en el patio. Me resistía á tomar el desayuno, y el estudiante me obligó á beber una taza de leche. Clemente, que había salido á caza de chismes, entró sobresaltado y nos dijo:

—He oído hablar algo á dos diputados gobiernistas. Los repiques no significan nada; pues Gavlián no quiere quedar chasqueado y hoy habrá campaña en el Congreso. ¡Pobre revoltoso! eso le va á costar caro; porque parece que el Gobierno le lanzará de la Le-